

La situación económico-fiscal de Venezuela

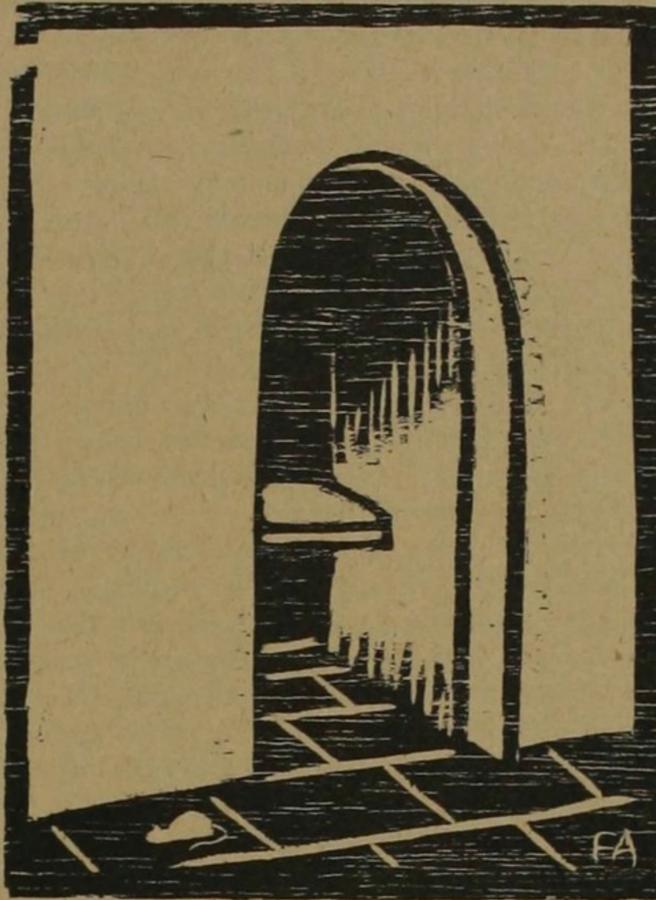
= Envío del autor =

En Venezuela la crisis económica mundial se ha reflejado con caracteres de alarmante intensidad.

El bolívar, patrón monetario del país, cuyo tipo medio de cambio con relación al dólar americano ha sido de 5.20, se ha ido depreciando progresivamente hasta llegar a cotizarse a 6.50. Esta cotización, así como las de las otras divisas extranjeras del mercado, es prácticamente nominal, por el predominio constante de la demanda sobre la oferta, a pesar de que el comercio aplaza sus cobranzas y remesas cuando el cambio tiene un excedente de 10% de prima.

“Como hemos dicho en otras ocasiones, el índice de todo nuestro mal está en la depreciación de nuestro bolívar”, afirmaba editorialmente el *Boletín de la Cámara de Comercio*, de Caracas, ya en su entrega correspondiente a febrero del año en curso. Mas, apenas se atrevía a bordear dicho periódico las causas de ese “mal” y de la desvalorización de la moneda. Organó de una entidad integrada por capitalistas, “gomecistas” francos o solapados en su mayoría e indiferentes en su totalidad a toda preocupación de bienestar general—los “sin partido” a quienes clasificó irónicamente Lenin en el “partido de los hartos”—hace prodigios de equilibrio para que su verdad no contradiga a la mentira oficial de exportación. A pesar de esos equilibrios, noticias de “peligrosa” veracidad—índice de la situación económica de Venezuela—se le deslizan. Léase ésta, enviada por el correspondiente de Maracaibo y publicada en la precitada entrega: “Puede considerarse muy mala la situación para la gente pobre, pues, los trabajos siguen reduciéndose cada día. Los obreros van de un lugar a otro en solicitud de trabajo sin conseguirlo ni a tipo reducido. De los campos de petróleo no debemos hacer mención. Bastante conocida es la situación que tienen esas empresas para tratar de conseguir algo por esos lados. Pretender laborar la tierra para producir quizá fuera lo acertado, pero pocos son los que tienen herramientas y dinero para preparar terrenos, sembrar y esperar las cosechas”. Las noticias transmitidas por corresponsales de otras regiones del país son tan concretas y tan incontestables como ésta.

Las causas de esa crítica situación la aparenta ver el editorialista de la revista mercantil caraqueña en el “lujo” en que naufragaron las austeras vidas venezolanas, con el auge del petróleo y los precios exagerados del café y del cacao, durante los años del conflicto inter-imperialista de 1914 y en los días inmediatos de la post-guerra. Lanzado por el atajo sofisticado, no vacila en apuntar pobres analgésicos para el “mal”: ahorro, austeridad, retorno a los días patriarcales, en que no se inmovilizaban cinco mil y más dólares en automóviles modelo “special”. Olvida el escritor la tarea de análisis, y la honestidad para sustentar las conclusiones derivadas de ese análisis,



Una celda de «La Rotunda», de Caracas

Madera de Amighetti

que corresponden a quien afronta cuestiones de orden económico-social; y deriva, eludiendo la cuestión de fondo, hacia un moralismo soi-disant, de palmeta y bonete regañón de dómine. Necesariamente, fracasa en su propósito. Trascendidos los días imaginativos de la ciencia económica,—aquellos que incubaron teorías tan ingeniosas y cándidas como la de los Jevons, padre e hijo, relacionando crisis, cosechas y manchas de sol—ya esa disciplina emplea métodos positivos, experimentales. Estos métodos son irreconciliables con intenciones moralizantes previas. La verdad surge de sus confrontaciones, moral o in-moral, oportuna o inoportuna, grata a los gobernantes del medio social analizado, o ingrata a ellos.

El momento actual de Venezuela—país sin deuda externa ni déficit presupuestal declarado⁽¹⁾, que, sin embargo, contempla sin poderlo evitar la desvalorización vertiginosa de su moneda y la agudización creciente de los factores de crisis—viene a comprobar cuanto veníamos diciendo los escritores de oposición respecto al ficticio equilibrio de la economía nacional. Ha bastado el primer contacto con una desinflación mundial prolongada para que fracasaran lastimosamente las previsiones de los estadistas de alpargata que desde Maracay gobiernan al país con los métodos

(1) En la balanza comercial sí hay un déficit comprobable en las estadísticas del Ministerio de Hacienda. (Memorias de los años 1920 a 1929) de Bs. 252.000.946. (Exportación: Bs. 200.851.044.70; importación: Bs. 452.851.990.70). Este dato da indicios de la verdadera situación económica del país, aun para aquellos que ya no le dan a los balances de comercio desfavorables el carácter de signo infalible de la ruina de una nación. Prevalece en la Política Económica de estos días el criterio del alemán Wolf—citado por N. Bujarin en su obra *La economía mundial y el imperialismo*—de no ver en la balanza comercial sino “una parte del balance de cuentas de un país”.

empíricos que les enseñó el corral de ganado, como de Juan Manuel Rosas escribió Sarmiento.

La política económica de la actual administración venezolana ha sido semejante a la realizada por los gobernantes del Perú durante el ciclo llamado del “guano y del salitre”. Hasta los días de la guerra con Chile, los dirigentes peruanos hicieron derroche de “genialidad” financiera, gracias al respaldo de una riqueza advenida al país por vías inesperadas. Las verdaderas fuentes permanentes de riqueza nacional—agricultura, cría, industrias, etc.—fueron abandonadas de toda protección, para concretar todos los esfuerzos nacionales a la explotación fácil de aquellos productos, de constante demanda en los mercados europeos. Se produjo la guerra del Pacífico y con ella la pérdida para el Perú de sus más ricas regiones salitreras, ocupadas militarmente por Chile. Sobrevino entonces, para aquel pueblo, la ruina absoluta, total, de la cual no ha podido redimirse todavía.

El proceso de Venezuela es idéntico. Hasta 1920—o sea, durante los primeros doce años de dictadura gomecista,—la economía del país permanece idéntica a la de los días de Cipriano Castro, sin que apareciera por ninguna parte en el jefe del gobierno esa intuitiva capacidad “financiera” que años después le descubrió García Naranjo. Los presupuestos se mantuvieron en una escala que iba de doce a quince millones de dólares (sesenta a setenta y cinco millones de bolívares). En 1922, con la iniciación de la “orgía petrolera”, aumentan sensiblemente las exportaciones (aceite crudo), las importaciones (maquinarias para exploración y explotación del subsuelo) y el presupuesto fiscal (entradas por concepto de impuestos sobre el petróleo). El presupuesto más inflado que en los días de explotación intensiva del aceite mineral elaboró la dictadura es el de 1928-29, alcanzando a 195.450.000 bolívares. Descompuestos racionalmente este presupuesto, aporta las siguientes cifras: Petróleo, Bs. 100.000.000; tomado del fondo de reserva: Bs. 37.000.000; renta ordinaria del país: Bs. 63.000.000, es decir como observa el Dr. Humberto Tejera, recopilador de estos datos, que corren publicados en la *Revista Mexicana de Economía*, Tomo I, N° 3, correspondiente a marzo de 1929: “Casi exactamente igual esta renta ordinaria que en 1920 y que en 1908, cuando Gómez se hizo cargo de la presidencia”. Esto significa que las industrias fundamentales de la nación, las que constituyen las fuentes perdurables de riqueza nacional, han sido prácticamente asesinadas por la incuria gubernativa. La vida económica del país se ha puesto a girar alrededor de una riqueza aleatoria, inestable, sujeta a mil contingencias, codiciada presa del capitalismo internacional: el petróleo. Se creyó indefinida la explotación